

*Las fronteras de la dominicanidad. Raza, nación y archivos de contradicción.*  
Lorgia García-Peña.

## NOTA SOBRE LA TERMINOLOGÍA

Los términos que uso para indicar la raza y la etnia de grupos e individuos son increíblemente complejos dados sus significados específicos a lo largo de momentos históricos y espacios geográficos determinados. La siguiente es una lista de algunos de los principales términos de identidad que uso en el libro. Cada uno de ellos está acompañado de una breve explicación acerca de su uso:

**negro/a:** Uso “negro o negra” como una categoría global para nombrar a las personas y culturas de ascendencia africana, al mismo tiempo que reconozco que diferentes naciones y grupos culturales utilizan una variedad de términos para nombrar su raza.

**criollo:** Los descendientes de la casta colonial española cuyos ascendientes son blancos europeos.

**dominicanidad:** Empleo este término como una categoría teórica que se refiere tanto a las personas que se acogen al gentilicio “dominicana/o”, sin importar si son o no son consideradas ciudadanas dominicanas por parte del Estado (por ejemplo, las dominicanas diaspóricas o las haitianas étnicas), como a la historia, culturas e instituciones asociadas con ellas. He optado por mantener la ortografía en español para evitar la confusión con la “Dominicanidad” (con mayúscula), término que se refiere a las instituciones hegemónicas y oficiales de control estatal.

**dominicanyork:** Inmigrantes dominicanas de clase trabajadora y sus descendientes, las cuales viven en los enclaves urbanos estadounidenses.

**haitiana étnica:** Persona de ascendencia haitiana nacida en la República Dominicana.

**latino/a/x:** Término que describe a las personas de ascendencia latinoamericana que viven en Estados Unidos.

**mulata:** Se refiere a las, les, y los dominicanas de raza mixta de color de piel marrón ya sea oscuro, claro o mediano. En el siglo XIX *mulato* era una categoría de privilegio.

**rayana:** Persona oriunda de la frontera entre República Dominicana y Haití, zona también conocida como la Línea Fronteriza.

**Nota sobre género:** Al traducir el libro al español ha surgido el reto de mantener mi compromiso con el uso de género neutral e inclusivo; algo que el inglés facilita pero que se hace mucho más difícil en las lenguas romances. Para evitar hacer el manuscrito ilegible por el constante uso de múltiples géneros, he optado por utilizar a veces femenino, a veces masculino y a veces el neutral “e” en diferentes momentos. Aunque entiendo que este método no es ideal, se acerca a

una manera más justa de representación en un momento histórico en el que estamos intentando abrir el lenguaje para rectificar las exclusiones y las normativas que han violentado por tantos años a tanta gente, en particular a las que nos identificamos como mujeres o personas queers y no binarias.

## INTRODUCCIÓN

### Dominicanidad en *contradicción*

Durante el primer semestre de mis estudios de postgrado en la Universidad de Michigan asistí a una reunión convocada para poner en contacto a estudiantes de color con personal y profesores de la universidad. Tras oírme hablar en español, un profesor me preguntó de dónde era. Al entender que no estaba interesado en mi crianza en Nueva Jersey, sino más bien en determinar mis orígenes étnicos y mi capacidad para hablar español, le dije que había nacido en la República Dominicana. El profesor sonrió y me dijo: “¡Ah, dominicana! ¡Adoro tu país! ¡Buen ron y putas baratas!” Me disculpé y abandoné la reunión.

Mientras caminaba a mi casa esa noche, mi cuerpo temblaba producto de una combinación de rabia, indignación y confusión. ¿Por qué pensó el profesor que era apropiado referirse a mi país de origen en términos tan agresivos? ¿Qué lógica hizo posible que me asociara a mí, una estudiante de postgrado, con sus aventuras hedonísticas en los trópicos? Las dinámicas puestas en juego en la dicción del profesor son fundamentales para algunas de las preguntas esenciales que plantea este libro.

Dado mi entrenamiento académico y mi preocupación por la producción de la dominicanidad tanto dentro como fuera de la isla, el encuentro con el profesor dio lugar a un cuestionamiento más urgente de las múltiples maneras en las cuales los silencios y las repeticiones operan para borrar a los sujetos dominicanos racializados de la nación y de su archivo. Estos silencios, tal y como demuestra mi encuentro con el profesor, se llenan entonces con fantasías que reflejan miedos y deseos coloniales. A través de una mirada colonizadora, el profesor reemplazó mi subjetividad (dominicana) con los tropos simbólicos del deseo colonial: “buen ron y putas baratas”. Sin embargo, mientras reflexiono en lo que todavía es un encuentro muy perturbador, reconozco que mi cuerpo, por el mero hecho de estar situado dentro de un espacio académico, también interrumpió el “conocimiento” que de la dominicanidad tenía el profesor.

De muchas maneras, este libro es un proyecto de recuperación e historización de interrupciones epistemológicas a través de lo que llamo *contradicciones*, “dicciones” —historias, narraciones y actos de habla— que van a contrapelo de la versión hegemónica de la identidad nacional y en contra del modo de análisis que tendemos a ver como históricamente preciso o lo que la mayoría de las personas llama “la verdad”. *Las fronteras de la dominicanidad* se preocupa por las maneras en las cuales las dicciones son proyectadas y representadas sobre los cuerpos racializados para así sostener los bordes excluyentes de la nación. Estos actos violentos de *fronterizar* están determinados históricamente; sin embargo, también requieren la complicidad de les, los y las ciudadanes en el control violento y la borrado de los cuerpos racializados. La dicción del profesor —“buen ron y putas baratas”— convoca el nexo histórico que ha marcado la relación entre mi país de origen, República Dominicana, y mi país de adopción, Estados Unidos. Su dicción sintetiza las dinámicas desiguales a través de las cuales la inmigrante racializada y los sujetos étnicos minoritarios son marcados como un Otro perpetuo, convirtiéndose en recipientes de la exclusión de dos naciones —la que está asociada con su etnia y aquella en la cual residen.

El crítico literario Silvio Torres-Saillant sostiene que la migración dominicana es siempre una forma de exilio porque les emigrantes se ven forzados a dejar su patria debido a la pobreza y la privación de derechos: “Emigra quien no puede quedarse.... nuestra emigración es una

expatriación”<sup>1</sup>. Yo llevo el argumento de Torres-Saillant más allá al insistir en que las personas negras dominicanas migrantes son exiliadas tanto dentro como fuera de la nación. Están simbólica y físicamente expulsadas de su nación de origen debido a que son negras y pobres, y, al mismo tiempo, permanecen sin ser admitidas en la nación de acogida por las mismas razones. Mientras que “negro” no existe como una categoría étnica diferenciada en República Dominicana de la misma manera que existe en Estados Unidos, el ser negra (*prieto*, haitiana o *rayane*) impide la movilidad social a través de la exclusión económica, política y cívica. Una prieta pobre, alguien de piel oscura, puede ser fácilmente catalogada como extranjera (*haitiana*). Una prieta pobre que migra a Estados Unidos se convierte en una dominicanyork, su cuerpo marcado doblemente como negro y extranjero. Las múltiples fronteras geopolíticas de la dominicanidad —Haití, República Dominicana y Estados Unidos— se vuelven visibles a través del cuerpo de la dominicana latina racializada. Esta dinámica hizo posible que el profesor viera en mí su fantasía de dominicanidad a pesar de mi posición como sujeto nacional estadounidense.

La larga y desigual relación entre Estados Unidos y República Dominicana ha sido relegada a los márgenes, no siempre leídos, del archivo estadounidense. Los historiadores del imperio estadounidense, por ejemplo, raramente incluyen a República Dominicana en sus estudios de la expansión del siglo XIX que condujo a la compra de Luisiana (1803), la anexión de Tejas (1845) y la colonización de Puerto Rico, Cuba y Guam después de la Guerra Hispanoamericana (1898). Esta omisión existe a pesar del hecho de que Estados Unidos intentó comprar territorio dominicano durante el período que va de 1824 a 1884 y que estableció bases militares de manera no oficial en la región suroeste del país durante la ocupación militar de 1916 a 1924<sup>2</sup>.

Esta condición dominicana de “nota al pie”, la cual alegoriza el escritor Junot Díaz en su aclamada novela *La breve y maravillosa vida de Óscar Wao* (2007), se extiende mucho más allá del archivo histórico del expansionismo estadounidense del siglo XIX. En el año 2000, por ejemplo, los dominicanos se convirtieron en el grupo étnico de más rápido crecimiento en la ciudad de Nueva York<sup>3</sup>. Sin embargo, los medios informativos y la industria de la publicidad raramente presentan a dominicanas como representantes de la latinidad estadounidense. La negritud dominicana no encaja dentro de la fantasía colonial que hace vendible en los Estados Unidos la versión piel clara del *mestizaje* latino (tal y como se ve ejemplificada en los actores Salma Hayek, Benicio del Toro, Antonio Banderas y “El hombre más interesante del mundo”). La diversidad de las etnias, lenguas y culturas latinas son de este modo reemplazadas por una latinidad “pre-empacada” —una mezcla de estereotipos, fantasías y figuras históricas asociadas con España y México (corridos de toros y Cinco de Mayo)— que satisface el deseo colonial por lo exótico y extranjero<sup>4</sup>. En medio de semejantes desigualdades, mi encuentro con el profesor, aunque extremadamente exasperante, no es sorprendente.

*Las fronteras de la dominicanidad* mueve la dominicanidad del pie al centro de la página, al insistir en el impacto que las dicciones tienen en la identidad racial y nacional de una población. Las historias y narraciones sostenidas por la Nación y su archivo dominante crean marginalidad a través de actos de exclusión, violencia y silenciamiento. Aunque estas narraciones oficiales de exclusión influyen en la *fronterización* de la nación y en la conformación de la identidad nacional,

---

<sup>1</sup> Torres-Saillant, *El retorno de las yolas*, 18.

<sup>2</sup> Las bases militares de Barahona y San Juan volvieron a ser activadas luego del cierre de la base naval de Vieques en Puerto Rico en 2001.

<sup>3</sup> Oficina del censo de los Estados Unidos, 2000.

<sup>4</sup> Dávila, *Latinos Inc.*

este libro también muestra que siempre son enfrentadas, negociadas y hasta redefinidas a través de *contradicciones*.

Veo la dominicanidad como una categoría que emerge a partir de eventos históricos que han puesto a República Dominicana en una frontera, en un borde geográfico y simbólico entre Estados Unidos y Haití desde su fundación en 1844<sup>5</sup>. Por tanto la dominicanidad incluye a los sujetos y las dicciones que los producen. También abarca múltiples territorios e identificaciones étnicas: dominicanyork, *rayano*, *dominicana*, afro-dominicane. Estos, a su vez, constituyen diferentes subjetividades dominicanas que atraviesan diferentes espacios nacionales<sup>6</sup>.

## Vivir en El Nié

En Estados Unidos la Dominicanyork se puede ver como afro-americana hasta que el acento de la persona o su capacidad para hablar español la establece como *otro* tipo de negra. Los Dominicanyorks habitan un espacio de marginalidad dual sin pertenecer a ninguna de las dos naciones, un espacio que la artista Josefina Báez define mediante la alegoría de la “nación sin bandera” de “El Nié”: ni aquí ni allá<sup>7</sup>. Pero la ambivalencia de El Nié no es exclusiva de la experiencia diaspórica dominicana. Gloria Anzaldúa, en 1987, describía su condición de tejana como una posición que provocaba la misma incomodidad que el vivir encima de alambres de púas<sup>8</sup>. Hablando del transnacionalismo puertorriqueño, el novelista y crítico Luis Rafael Sánchez en su ensayo seminal *La guagua aérea* (1994) identificaba a Puerto Rico con esa guagua voladora<sup>9</sup>. De modo similar, el crítico Gustavo Pérez Firmat, escribiendo también en 1994, teorizaba acerca de la condición cubano-americana y la describía como “vivir en el guión”<sup>10</sup>. Al mismo tiempo que destacaban la incomodidad inherente a sus liminalidades particulares, Anzaldúa, Sánchez y Pérez Firmat apuntaban a una ventaja que le era dada al sujeto transnacional-inmigrante-fronterizo: el poder servir de puente entre fronteras geográficas, históricas y lingüísticas, enfrentando, como sostendría Anzaldúa, “las antinaturales fronteras históricas” que prohíben que los cuerpos humanos se desplacen libremente entre el aquí y el allá<sup>11</sup>.

Pero la especificidad de la alteridad dominicana que Báez presenta a través de su alegoría de El Nié —término que también describe, en su sentido más vulgar, la parte del cuerpo entre el ano y los genitales— invierte (*queers*) tanto la narrativa hegemónica de ambos estados-naciones como el mismo espacio intersticial habitado por Anzaldúa, Sánchez y Pérez Firmat: “Vivimos todas en el mismo edificio. El Nié. Mi madre, mi abuela, la comadre —mi madrina, el ejemplo, la quiero a morir”<sup>12</sup>. A través de una dicción que encarna y proyecta las experiencias liminales del sujeto dominicano negro y del Dominicanyork que la nación busca mantener a raya, el Nié se convierte en un espacio transhistórico donde se pueden recobrar y preservar las historias de

---

<sup>5</sup> Decidí no dar una fecha exacta a la independencia porque el argumento central del libro sugiere que el nacimiento de una nación es un proceso de *contradicción*. En el capítulo 1 exploro la posibilidad de tres posibles fechas para la independencia dominicana: 1821, 1844 y 1865.

<sup>6</sup> El término *rayano* proviene de la palabra *raya* y alude a las personas que viven en la línea que, por siglos, ha dividido a los dos territorios que conforman La Española.

<sup>7</sup> Báez, *Levente no*, n. p.

<sup>8</sup> Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera*, 25.

<sup>9</sup> Luis Rafael Sánchez, *La guagua aérea*.

<sup>10</sup> Gustavo Pérez Firmat, *Life on the Hyphen*.

<sup>11</sup> Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera*, 25.

<sup>12</sup> Báez, *Levente no*, n. p.

exclusión. El Nié significa no el espacio fronterizo que el sujeto habita —el alambre de púas de Anzaldúa— sino más bien el cuerpo que lleva en sí las violentas fronteras que le impiden entrar a la nación, acceder a la ciudadanía plena y a las representaciones públicas, políticas, culturales e históricas. Este acto de encarnación de la frontera es una manifestación de la espiritualidad afro-dominicana.

El innovador trabajo de M. Jacqui Alexander *Pedagogies of Crossing* trata sobre el papel que juegan las tradiciones africanas sacro-religiosas en el proceso de desentrañar los silencios históricos productores de opresión. Afirma que el cuerpo de la devota afro-religiosa puede convertirse en un receptáculo en el cual el pasado, en forma de ancestros, puede regresar para presentar las verdades<sup>13</sup>. El Nié funciona como la personificación del pasado a través del conocimiento presente. Une las experiencias coloniales y diaspóricas de La Española a través del cuerpo mismo de la Dominicanyork exiliada. Los estudios acerca del transnacionalismo y la migración generalmente fijan su mirada transversal en las fronteras nacionales a fin de presentar a las personas como minorías étnicas o extranjeras no deseadas, inmigrantes o emigrantes, definiendo así a las personas a partir de las naciones y, al hacerlo, a través de una cronología de fronterización política de la nación. El espacio simbólico de El Nié expande nuestra manera de entender las fronteras; desplaza la localización y la polaridad de la nación-frontera para proponer al cuerpo como el lugar que contiene y refleja la exclusión nacional (fronteriza) a lo largo de la historia y las generaciones.

*Las fronteras de la dominicanidad* investiga cómo las personas que habitan El Nié luchan con la multiplicidad de dicciones, paradigmas raciales y desigualdades económicas que son sostenidas por las narrativas dominantes de la nación. Este libro se pregunta: ¿Cómo el sujeto racializado y exiliado dominicano —el rayano, la *dominicana* de piel oscura que es racializada y sexualizada, el dominicanyork y el dominicano migrante— *contradice* las historias y narraciones que continúan silenciándolo violentamente en los archivos de las dos naciones que le toca unir? El impulso intelectual que guía mi investigación proviene de la preocupación por la condición de “nota al pie” que enmudece la pluralidad dominicana, que silencia historia y narraciones en ambos archivos, el estadounidense y el dominicano. En ese sentido este libro se interesa en cómo las dicciones —aquello que es escrito, dicho o descrito— tienen un impacto en la manera en la cual las personas, particularmente aquellas consideradas como pertenecientes a una minoría étnica, sujetos coloniales o racializados, son imaginados y producidos a lo largo de paradigmas nacionales.

Las feministas chicanas Gloria Anzaldúa y Cherríe Moraga proponen una teorización “desde la carne” a fin de contrarrestar la violencia epistémica que perpetuamente excluyó del archivo el conocimiento y las historias de los grupos minoritizados<sup>14</sup>. Siguiendo este llamado, los críticos Walter D. Mignolo y Nelson Maldonado-Torres nos han conminado a pensar desde la posición de la persona marginada y reprimida a fin de “descolonizar el conocimiento”<sup>15</sup>. A pesar de que los proyectos que no están basados solamente en evidencia son vistos con escepticismo, sostengo que para encontrar una versión más completa de “la verdad” se requiere que leamos en *contradicción*, prestando atención a las notas al pie y a los silencios presentes en los archivos dominantes. A fin de lograrlo, sigo la propuesta innovadora de Elizabeth Grosz del cuerpo como marco central para la construcción de la subjetividad<sup>16</sup>.

---

<sup>13</sup> M. Jacqui Alexander, *Pedagogies of Crossing*.

<sup>14</sup> Anzaldúa y Moraga, *This Bridge Called My Back*.

<sup>15</sup> Mignolo, *Local Histories/Global Designs*, y Nelson Maldonado-Torres, *Against War*.

<sup>16</sup> Grosz, *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*.

Si el cuerpo, tal y como sostiene Grosz, puede ser “una cosa” a través de la cual se puede enfrentar la retórica dominante acerca del género y el sexo, sostengo que también puede ser un sitio donde la violencia y el silenciamiento de las fronteras contenidos en los archivos de la nación pueden ser *contradichos*. Si el cuerpo del sujeto racializado puede cargar con el peso de lo colonial (“buen ron y putas baratas”), convirtiéndose en una pantalla en la cual se pueden proyectar los deseos y los miedos coloniales, este libro sostiene que también se puede convertir en un sitio desde el cual se pueden interpelar las historias y narraciones que sostienen y perpetúan las fronteras opresoras de la nación<sup>17</sup>. Propongo el cuerpo —el cuerpo racializado de dominicanidad que vive en El Nié— como un lugar para negociar las narrativas de raza, género y pertenencia cultural que operan al fronterizar la nación.

## Raza y fronteras

El estudio de la frontera mexicano-estadounidense ha sido central en el establecimiento de los crecientes campos de los *border studies* y *Latino/a studies* en Estados Unidos. A pesar de la importancia innegable de dicha frontera, mi libro invita a los lectores a pensar acerca de cómo otras fronteras, geográficas y simbólicas, han sido significativas para imaginar la identidad nacional de Estados Unidos, particularmente en lo concerniente a raza (negritud) y etnia (latinidad). La centralidad de Estados Unidos en la formación del discurso racial dominicano es fundamental en mi análisis de los diferentes modos en los cuales las dicciones han conformado la manera en la que los dominicanos negocian las identidades raciales y la pertenencia nacional a lo largo de fronteras geográficas y simbólicas.

El sustantivo “frontera” alude a objetos tangibles (una señal, un lugar y hasta un muro) que regulan el acceso y la pertenencia de las personas a un territorio particular. Una frontera, aunque frecuentemente sea invisible, puede ser nombrada, cruzada y, a veces, borrada. “Fronterizar”, por otro lado, evoca un continuo de acciones que afectan a los seres humanos. La fronterización implica un actor (alguien que promulga la frontera) y un receptor (aquellos que son encerrados por la frontera). Tal como muestra mi experiencia con el profesor, la frontera puede estar presente aun cuando los marcadores geográficos estén ausentes; el *fronterizar* no puede ser limitado por la geografía.

Este libro propone que la frontera entre Haití y República Dominicana es un lugar idóneo para entender cómo la raza y la nación se entrecruzan en el *fronterizar* de un pueblo. Al tiempo que las personas y las ideas se mueven de un lado a otro, las fronteras se reafirman, se redefinen y se enfrentan a través de acciones oficiales y oficiosas. La creciente migración haitiana hacia República Dominicana desde la intervención estadounidense en La Española (1914-1934) y la gran migración dominicana hacia Estados Unidos que empezó después del ajusticiamiento del dictador Rafael Leónidas Trujillo en 1961 han moldeado la manera en la cual los dominicanos entienden raza y ciudadanía. *Las fronteras de la dominicanidad* insiste en la centralidad de la frontera dominico-haitiana como un lugar que está históricamente vinculado y simbólicamente presente en Estados Unidos a través del cuerpo del sujeto dominicano racializado como inmigrante/minoría.

---

<sup>17</sup> En la teoría marxista “interpelación” se refiere al proceso mediante el cual una ideología se inserta dentro de las grandes instituciones políticas y sociales, determinando las subjetividades y las interacciones sociales. Mi uso del término sigue el argumento de Althusser según el cual la situación siempre precede al sujeto. Por lo tanto, los sujetos individuales son presentados principalmente como producidos por fuerzas sociales, en vez de actuar como poderosos agentes independientes con identidades auto-producidas. Althusser, “Ideology and Ideological State Apparatuses”, 11.

Mi reposicionamiento de la frontera dominico-haitiana dentro de la historia estadounidense requiere dos perturbaciones de las nociones temporales y geográficas contemporáneas que guían nuestra concepción de raza y etnia en Estados Unidos. La primera perturbación requiere que la lectora mantenga presente la idea de que “el miedo a Haití” —la acuciante preocupación que arropó las economías esclavistas como Estados Unidos y España luego de la revuelta de los esclavos que se inició en 1791 y que condujo a la independencia de Haití en 1804— es fundamental en la producción de la noción estadounidense de raza y ciudadanía. El miedo a Haití dominó a la joven y robusta economía esclavista estadounidense y determinó la relación del imperio con las dos repúblicas de La Española<sup>18</sup>.

Durante los primeros años de la fundación de República Dominicana (1844-65) Estados Unidos apoyó la idea de la superioridad racial dominicana sobre Haití y repudió a esta última nación como racialmente inferior y por tanto incapaz de autogobierno. Estas visiones dicotómicas de las dos naciones de La Española dieron forma a las relaciones entre Haití y República Dominicana. También le han dado forma a cómo se imaginaron y se continúan imaginando alrededor del mundo las dos naciones y sus relaciones mutuas<sup>19</sup>. El miedo a Haití, combinado con el deseo colonial criollo de los dominicanos y la amenaza del expansionismo estadounidense, impulsó a los escritores y patriotas dominicanos del siglo XIX, tales como Félix María del Monte y Manuel de Jesús Galván, a producir la dominicanidad como una raza híbrida que era, decididamente, algo diferente a lo negro y por tanto diferente a la negritud haitiana. Esto se logró a través de narrativas de *mestizaje* literarias e históricas que sustituyeron las nociones de raza (*mulata*, *prieta*) con la de nación (*dominicana*). El mito fundacional de la nación híbrida dominicana ha llevado a una continua violencia física y epistémica contra les, las y los dominicanos negros, los *rayanos* (sujetos fronterizos) y les dominico-haitianos. También ha contribuido a fomentar la violencia militar contra grupos religiosos afro-dominicanos y rayanos a manos de los regímenes represivos y totalitarios que dominaron el siglo XX dominicano (el ejército estadounidense: 1916-24; la dictadura de Trujillo: 1930-61; el ejército estadounidense: 1965; y el régimen de Balaguer: 1966-78).

La historia de la negritud estadounidense está en gran medida entrelazada con la historia de los proyectos de independencia de La Española. Con el surgimiento de dos repúblicas, una de liderazgo negro (Haití en 1804) y otra de liderazgo mulato (República Dominicana en 1821) la Española se convirtió en un locus internacional de resistencia y liberación negras así como el objeto de temor antes de la Guerra Civil estadounidense<sup>20</sup>. Al principio de la Revolución Haitiana cientos de colonos franceses abandonaron la isla y se refugiaron en Estados Unidos; muchos se llevaron a sus esclavos consigo<sup>21</sup>. Para 1792, más de doscientas familias blancas procedentes de Saint Domingue se habían mudado a Filadelfia<sup>22</sup>. Luego de la caída de Cabo Francés en 1793, el número de refugiados aumentó diariamente, llegando a alcanzar la cifra de diez mil personas diarias durante una semana. La mayoría de los refugiados fueron a Estados Unidos con la esperanza de continuar participando en la economía esclavista<sup>23</sup>. Puede decirse que los eventos ocurridos en Saint Domingue influyeron en los esfuerzos abolicionistas y la insurgencia negra en los Estados

---

<sup>18</sup> Renda, *Taking Haiti*, 15.

<sup>19</sup> Renda, *Taking Haiti*, 15.

<sup>20</sup> Véase Fischer *Modernity Disavowed*.

<sup>21</sup> Treudly, “United States and Santo Domingo”, 112.

<sup>22</sup> Fordham, “Nineteenth Century Black Thought in the United States”, 116.

<sup>23</sup> Treudly, “United States and Santo Domingo”, 112, 113.

Unidos del siglo XIX. Ejemplos de esta influencia pueden encontrarse en la Conspiración Gabriel (1800), un plan de esclavos afroamericanos para atacar Richmond y destruir la esclavitud en Virginia, plan que fue supuestamente orquestado por “franceses”; así como también la famosa Conspiración Vesey de Charleston (1822), en la cual los acusados mencionaron la Revolución Haitiana como inspiración de la revuelta<sup>24</sup>.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la negritud fue una categoría importante en la definición del destino de Estados Unidos. Una nación construida a expensas de la libertad de los negros ahora tenía que hallar la manera de redefinirse como multirracial, enfrentar su gran crimen y encontrar modos de lidiar con el trauma de la esclavitud. En esta atmósfera —que coincide con el avance, en Washington, del Destino Manifiesto y el crecimiento de la ideología de “la carga del hombre blanco”— el discurso estadounidense sobre la negritud que, tal y como he alegado, surgió en diálogo con La Española, viajó de vuelta a la isla a través del imperialismo político y cultural. Abolicionistas afroamericanos del siglo XIX como Frederick Douglass y Martin Delany, así como pensadores de principios del siglo XX como W. E. B. Dubois y Arturo Schomburg, encontraron en las rebeliones de esclavos haitianas el espíritu de libertad necesario para luchar por la igualdad de razas<sup>25</sup>. Algunas de estas figuras con el tiempo apoyarían los esfuerzos de emigración de negros libertos estadounidenses hacia La Española. Entre 1823 y 1898, aproximadamente veinte mil negros estadounidenses emigraron a la parte sur de Cabo Haitiano y a la bahía de Samaná, donde formarían comunidades e influirían en la cultura e historia de ambas naciones de la isla<sup>26</sup>.

Frederick Douglass, quien se unió al Partido Republicano y participó ampliamente en el proyecto imperial, fue nombrado miembro de la Comisión de Investigación para la Anexión de Santo Domingo en 1871<sup>27</sup>. Douglass, ex-esclavo y gran defensor de la igualdad racial, participó activamente en un proyecto que terminaría con la soberanía de una nación regida por descendientes de africanos. Reconciliando su deseo de igualdad y justicia con su idea de una nación cohesionada, Douglass se alineó con la doctrina del Destino Manifiesto de Estados Unidos. Creía que para que la raza negra avanzara necesitaba el apoyo y la fuerza de una nación poderosa y de sus líderes. Douglass creía que “Santo Domingo no podía sobrevivir por sí misma” pero que podría ser grande como parte del imperio estadounidense<sup>28</sup>. Douglass, un experto en raza, creía que Santo Domingo sería un refugio para profesionales y académicos afroamericanos que quisieran escapar de la opresión de los Estados Unidos post-Guerra Civil a fin de desarrollar todo su potencial como seres humanos: “Este es un lugar donde un hombre puede ser simplemente un hombre sin importar el color de su piel. Aquí puede ser libre para pensar y para dirigir”<sup>29</sup>. Pero Douglass no era el primer estadounidense en describir República Dominicana como una forma de otredad racialmente no negra. La comisión estadounidense de 1845, encargada de evaluar la capacidad de autogobierno de los dominicanos, encontró que no eran “ni negros ni blancos”<sup>30</sup>. Para mitigar la ansiedad pública acerca del potencial surgimiento de otra nación negra, ambas comisiones (la de 1845 encabezada por el diplomático blanco John Hogan y la de 1871 en la que Frederick Douglass fungió de secretario) insistieron en la diferencia del *mulataje* dominicano como una ventaja para el futuro progreso de la joven nación, en contraste con la negritud desventajosa del vecino Haití.

---

<sup>24</sup> Treudly, “United States and Santo Domingo”, 113; Fordham, “Nineteenth Century Black Thought in the United States”, 175.

<sup>25</sup> Fordham, “Nineteenth Century Black Thought in the United States”, 120.

<sup>26</sup> Fordham, “Nineteenth Century Black Thought in the United States”, 120.

<sup>27</sup> Douglass, *Life and Times of Frederick Douglass*, 398.

<sup>28</sup> Brantley, “Black Diplomacy and Frederick Douglass’ Caribbean Experiences”, 197-209, 203.

<sup>29</sup> Douglass, *Life and Times of Frederick Douglass*, 398.

<sup>30</sup> Welles, *Naboth’s Vineyard*, 77-78.

Aunque Douglass encontró que las mezclas raciales dominicanas eran promisorias, particularmente en comparación con Haití, también encontró que los dominicanos eran generalmente incivilizados y tenían una necesidad de guía y enseñanza. Consciente o inconscientemente, Douglass, la voz del pensamiento negro en la política estadounidense del siglo XIX, estableció la negritud estadounidense —la que él encarnaba a los ojos de su nación— como la autoridad para determinar las implicaciones raciales, políticas y culturales de la negritud en La Española. Su legado de dominio intelectual negro estadounidense continúa influenciando las discusiones académicas sobre la negritud dominicana<sup>31</sup>. Si los estadounidenses blancos como Hogan estaban investidos con el poder de gobernar e instruir a las jóvenes naciones, los estadounidenses negros —así parecen sugerir las acciones de Douglass— tenían la responsabilidad de enseñar a otros negros el cómo ser negros, civilizados y libres. En este marco, que se extendería al resto del Caribe hispano luego de la Guerra Hispano-Americana, podemos encontrar que las raíces de la “complicada” negritud dominicana están profundamente entrelazadas con las ambiciones políticas y económicas del expansionismo estadounidense de la post-Guerra Civil.

La genealogía y triangulación geográfica de las fronteras estadounidense-domínico-haitianas que propongo puede arrojar luz sobre la prevalencia contemporánea del antihaitianismo en el Archivo de la Dominicanidad<sup>32</sup>. Al mismo tiempo, ofrece una salida de la encrucijada discursiva que persistentemente produce a los haitianos y dominicanos como entes racialmente opuestos. Los estudios contemporáneos acerca de La Española tienden a presentar a dominicanos y haitianos como enemigos, los primeros más exitosos, aunque negrófobos y antihaitianos, mientras que los segundos son románticamente presentados como pobres, pero símbolos de orgullo y resistencia negra. La yuxtaposición común de Haití y República Dominicana —que aparece en los trabajos de Henry Louis Gates Jr., Michelle Wucker y Dawn Stinchcomb entre otros—, aunque sea importante para empezar una conversación acerca de la complejidad de los estudios transnacionales sobre raza, puede reproducir un entendimiento descontextualizado del discurso antihaitiano como un fenómeno local y postmoderno que es resultado del nacionalismo trujillista del siglo XX. Ese acercamiento anacrónico opaca el hecho de que el antihaitianismo es una ideología colonial que atraviesa la lucha histórica de La Española con el colonialismo europeo y el expansionismo imperial estadounidense. También borra el hecho de que el antihaitianismo contemporáneo dominicano está fundamentado en el antihaitianismo global del siglo XIX. Un examen más productivo de la relación domínico-haitiana requiere, por lo tanto, que seamos conscientes de las complejidades de la historia de la frontera de la isla en diálogo con la historia estadounidense. Dicho análisis también nos llevaría a reconocer a la actual frontera domínico-haitiana como un producto del imperio estadounidense.

## **Perturbando la latinidad**

La segunda perturbación que propongo es una manera de expandir nuestro entendimiento de la raza, las naciones y las fronteras como elementos centrales en la producción de la categoría etnoracial de latino/a en Estados Unidos. Esta interrupción epistémica saca del centro las

---

<sup>31</sup> En su documental difundido en el 2012 a través de PBS, el académico, experto en raza, Harry Louis Gates Jr. introdujo el tema de la racialización dominicana, recalcando la negación de los dominicanos de la propia negritud. Trato este tema con más detalle en el capítulo 4.

<sup>32</sup> Aquí pongo Dominicanidad en mayúscula por dos razones: para seguir la gramática española y para enfatizar la naturaleza hegemónica/oficial del término a diferencia de la dominicanidad (en minúscula) que es más fluida e incluyente.

experiencias de migración y cruce de fronteras —el movimiento del cuerpo de un lugar a otro y/o el cambio de las fronteras geográficas que termina desplazando una comunidad o lugar de una nación a otra. Más bien, alego que la expansión política, económica y militar de Estados Unidos sobre América Latina —la cual empezó alrededor de 1790 con las revueltas de esclavos que condujeron a la Revolución Haitiana— son fundamentales para la producción de latino/a como una categoría racial estadounidense y, en consecuencia, para el proceso de fronterización cultural estadounidense que continúa presentando a los latinos/as como extranjeros. Para explicar este proceso, no examino la dominicanidad a través de los prismas temporales y geográficos, dominantes y mutuamente excluyentes, que separan a los dominicanos de la isla de las dominicanas de Estados Unidos, ni tampoco a través de la polarización migración-minoría. En vez de ello me acerco a la subjetividad racializada dominicana a través de un estudio del palimpsesto de la coexistencia de imposiciones coloniales que son proyectadas en los cuerpos racializados de sujetos que viven en la isla o en Estados Unidos.

Las fronteras frecuentemente son imaginadas como lugares de migración o puntos de referencia nacionales que dividen a los sujetos ciudadanos de los sujetos migrantes<sup>33</sup>. Mi análisis busca ir más allá de esta dicotomía al insistir en que la frontera es al mismo tiempo un lugar tangible donde los sujetos residen además de ser un lugar encarnado —El Nié— donde coexisten las múltiples imposiciones del estado-nación y los discursos coloniales. Las dicciones que produce la subjetividad fronteriza son, por tanto, siempre históricas y translocales.

El poner El Nié en primer plano no pretende, en modo alguno, disminuir la importancia de la experiencia migratoria en la construcción de la etnicidad latino/a en Estados Unidos. Más bien, llamo la atención a *otra* manera de expandir nuestro conocimiento de la latinidad revisando el significado que tiene el imperialismo de Estados Unidos en el siglo XIX en América Latina para los procesos contemporáneos de exclusión, racialización y *fronterización* que sufren los latinos/as a manos de Estados Unidos y su archivo. De este modo, las perturbaciones que propongo contribuyen a y expanden la labor intelectual de los especialistas en el estudio de la frontera mexicana-estadounidense como Nicole Guidotti-Hernández, Laura Gutiérrez y Raúl Coronado en su reposicionamiento histórico y geográfico de las relaciones entre los latinos/as estadounidenses y los latinoamericanos, relaciones determinadas por la continua presencia de imposiciones coloniales europeas y estadounidenses en los cuerpos de los sujetos racializados.

Por ejemplo, la “historia de la textualidad” de Coronado nos invita a imaginar Texas no como lo hacemos hoy, “como un gigante de sentimiento independiente nacionalista”, sino como “una colonia intersticial determinada por una larga historia de competencia imperial entre Nueva España (hoy México), la Luisiana francesa y unos crecientes Estados Unidos”<sup>34</sup>. De manera similar, Guidotti-Hernández nos conmina a pensar más allá de las narraciones dominantes de resistencia que se asocian con la historia chicana para descubrir los “intersticios de múltiples regímenes coloniales” que operan en la producción de sujetos racializados, “mostrando cómo el lenguaje es lo que constituye el sujeto y el cuerpo”<sup>35</sup>. Las interpelaciones hechas por Coronado y Guidotti-Hernández a la mexicanidad estadounidense plantean urgentes críticas a los acercamientos epistemológicos dominantes a los estudios latinos al insistir en la necesidad de historiar las *contradicciones* coloniales que operan para producir el sujeto racializado. La genealogía de la dominicanidad que propongo y la perturbación producida por el triángulo EE.UU-

---

<sup>33</sup> Véase Anzaldúa, *Borderland/La Frontera: The New Mestiza*; Lazo, *Writing to Cuba*; Ortíz, *Cultural Erotics in Cuba America*; Saldívar, *Trans-Americanity*; and Sánchez, *Becoming Mexican American*.

<sup>34</sup> Coronado, *A World to Come*, 34.

<sup>35</sup> Guidotti-Hernández, *Unspeakable Violence*, 12.

RD-Haití demuestra más a fondo *cómo* las dicciones, voces y cuerpos latines racializados son silenciados en los múltiples archivos a lo largo del tiempo y a través de diferentes geografías; pero simultáneamente, también crea un archivo alternativo que les permite a los lectores, si así lo deciden, leer en *contradicción*.

### **Contradiendo el Archivo**

A fin de entender mi propuesta de triangulación geopolítica, *Las fronteras de la dominicanidad* propone examinar los fundamentos estructurales de lo que llamo el Archivo de la Dominicanidad —documentos históricos, textos literarios, monumentos y representaciones culturales que sostienen la ideología nacional— a través del cual la élite criolla buscó definir las fronteras raciales de la nación después de la independencia de Haití (1844) y a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Demuestro cómo estas ideologías fundacionales han sido interpoladas, institucionalizadas, desplegadas y encarnadas mediante la repetición en cinco momentos críticos de la historia nacional: (1) el asesinato en 1822 de las hermanas Andújar, mejor conocidas como Las vírgenes de Galindo, suceso ocurrido durante la unificación haitiana de toda La Española; (2) el asesinato del líder religioso afro-dominicano Olivario Mateo en 1922 durante la primera ocupación militar estadounidense en República Dominicana; (3) la Masacre de 1937 de más de veinte mil haitianos étnicos y afro-dominicanos en la frontera norte durante la dictadura de Trujillo; (4) la intervención militar estadounidense de 1965 y la subsecuente migración de un millón de dominicanos hacia Estados Unidos y (5) el terremoto que devastó Haití y parte de la región suroeste de República Dominicana en enero de 2010.

El período de tiempo que abarca este estudio (1822-2010) es bastante amplio. Sin embargo, no estoy interesada en producir una visión general de la dominicanidad. Más bien, mi trabajo traza la genealogía de los discursos dominicanos sobre nación y raza, y sus apariciones, reconstrucciones e interpelaciones a lo largo del tiempo y el espacio a través de las representaciones literarias de los cinco episodios nacionales en momentos claves de la historia política de la nación. Michel Foucault propuso el concepto de “genealogía” como un concepto que no presenta la historia como una causa del presente o que pretende “ir atrás en el tiempo para restaurar una continuidad sin fisuras”. En vez de ello, sostiene lo siguiente: “La genealogía nos permite ver cómo la complejidad del presente está, de algún modo, vinculada a los errores, las falsas valoraciones y los cálculos fallidos que dieron lugar a esas cosas que continúan existiendo”<sup>36</sup>. Este libro crea una genealogía de la dominicanidad a través de una lectura cuidadosa de los conflictos e incongruencias que aparecen en las dicciones representadas a través de las múltiples repeticiones de los cinco episodios que *Las fronteras de la dominicanidad* propone como claves para la fundación de la nación y su archivo.

El término *contradicción* enmarca mi análisis de las maneras en las cuales las narrativas producen a las naciones a través de la violencia, la exclusión y el control continuo de cuerpos racializados. *Contradicción* explica, por ejemplo, cómo la dominicanidad se convirtió simultáneamente en un proyecto de la élite criolla y del imperio estadounidense en su meta común de preservar el privilegio colonial blanco a mediados del siglo XIX. “Dicción” se refiere a la particularidad del discurso a través de la cual se transmite y se entiende el significado. Por tanto, en su implicación básica, “dicción” significa la puesta en escena del lenguaje y el significado. En un modo más amplio, “dicción” funciona en este libro a través del análisis en contrapunto de lo histórico (documentos que se admiten como evidencia tales como memoranda militar, artículos periodísticos, decretos, transcripciones judiciales) y lo literario (que defino en modo amplio para

---

<sup>36</sup> Foucault, “Nietzsche, Genealogy, History”, 64-139.

incluir diferentes formas de producción cultural tales como películas, perfoances, fotografía y canciones). Mis interrogaciones de estos textos dirigen la atención a las *contradicciones* que surgen entre y dentro de la historia y la literatura y muestran cómo la literatura funciona unas veces para mantener la hegemonía, mientras que otras sirve para enfrentarla.

El cisma epistemológico entre historia y literatura siempre se expresa concretamente a través de la evaluación históricamente situada de narrativas específicas. Sin embargo, esa brecha entre historia y literatura ofrece una manera de poner en duda lo que hemos venido a tener como verdad, o como dice Michel Trouillot: “las maneras en las cuales lo que pasó y lo que se dice que ha pasado son y no son lo mismo pueden ser históricas en sí mismas”<sup>37</sup>. Mi libro examina así cómo “las verdades” contribuyen a la violencia, el silenciamiento y el borrado de los sujetos racializadas y sus verdades.

Los cinco episodios históricos que enmarcan mi análisis de las *contradicciones* demuestran los perdurables efectos de las dicciones en los seres humanos al convertirse en “verdades” las narrativas de dichos episodios y, a su vez, estas “verdades” se convierten en base de leyes excluyentes que sostienen las fronteras ideológicas y políticas de la nación. Al insistir en las consecuencias que los silencios producidos por la historia tienen en el mantenimiento del poder y la desigualdad, Trouillot sostiene que cada narrativa histórica renueva su propio derecho a la verdad a través de la repetición epistémica<sup>38</sup>. La repetición de eventos históricos, ya sea a través de narraciones históricas o de ficción, puede reemplazar, en el proyecto hegemónico de fronterizar la nación, el trauma real de la violencia con el efecto simbólico del acto particular.

Una de las maneras en las que el silencio a través de la repetición se convierte en visible en las dicciones que analizo es mediante la interferencia de la voz pasiva en la narración literaria e histórica de eventos violentos, lo que muchas veces se materializa a través del uso de un lenguaje metafórico y alegórico. La voz pasiva muchas veces interrumpe y exculpa el dolor y el trauma infligidos en los cuerpos de las víctimas (las vírgenes de Galindo, Olivorio Mateo, les veinte mil rayanos y haitianos étnicos asesinados en 1937), retrasando así tanto la confrontación histórica del evento como la posibilidad de sanación. Al alegorizarla en vez de enfrentarla, la violencia se convierte en vehículo para la construcción de la frontera de la nación, lo cual es reforzado a través de la constante, aunque indirecta, repetición de los eventos traumáticos, tanto en literatura como en historia.

Un ejemplo bien documentado de los efectos del silenciamiento y la repetición es la masacre en 1937 de veinte mil rayanos y haitianos étnicos estudiada en el capítulo 3. Los múltiples estudios sobre la Masacre de 1937, la mayoría extranjeros, exacerbaban más su borrado al presentarla como un crimen estatal anti-inmigrante dirigido contra haitianos que vivían en el lado dominicano de la Línea Fronteriza en vez de presentarlo como el genocidio de la población intraétnica de rayanos que residían y trabajaban en los pueblos fronterizos de la parte noroeste del Valle de Artibonito. Por lo tanto, la repetición contribuye a borrar el hecho de que en 1937 dominicanos asesinaron a otros dominicanos. Aunque la masacre es el evento más recurrente en los archivos literarios e históricos de La Española del siglo XX, la violencia real perpetrada sobre los cuerpos de las víctimas aun está por ser reconocida y admitida. No existen sitios de recordación,

---

<sup>37</sup> Trouillot, *Silencing the Past*, 4.

<sup>38</sup> Trouillot, *Silencing the Past*, 23.

conmemoraciones oficiales o algún esfuerzo estatal para reconciliarse y hacer las paces con las víctimas y sobrevivientes<sup>39</sup>.

En *Silencing The Past*, Trouillot insiste en la relación entre el poder y la producción de la historia y nos recuerda que los silencios están presentes en cada estadio de la construcción del archivo histórico: “al momento de la creación de hechos (la hechura de las fuentes); al momento del ensamblaje de hechos (la hechura de los archivos), al momento de la recuperación de los hechos (la hechura de las narraciones) y al momento de la significación retrospectiva (la hechura de la historia en su instancia final)”<sup>40</sup>. Un modo mejor de averiguar “qué pasó” o lo que Trouillot denomina “el producto final de la historia” requiere la lectura de la creación de los silencios; una lectura desde los silencios *dejados atrás* por la historia. Para hacer esto, Trouillot nos insta a preocuparnos menos por lo que la historia es y más por cómo funciona<sup>41</sup>.

La metodología que sigo a lo largo del libro conduce a la lectora a ver *cómo* la literatura y la historia han silenciado las vidas, actores e historias del Archivo de la Dominicanidad, y *cómo* estos silencios, a su vez, han traído violencia y exclusión a las vidas de seres humanos reales a lo largo de la historia de la nación. Diana Taylor, Pedro San Miguel y Doris Sommer han insistido en la complicidad entre historia y literatura en la construcción del archivo latinoamericano desde el surgimiento del estado-nación moderno en el siglo XIX. Taylor afirma que esta complicidad también permite “actos públicos de olvido” que difuminan las obvias discontinuidades, las rupturas y las alianzas inconvenientes que han fundado y sostenido los mitos que simbólicamente constituyen la fronterización de la nación<sup>42</sup>. Siguiendo a Taylor, Nicole Guidotti-Hernández nos advierte que estos “actos públicos de olvido” ocurren debido a, en vez de a pesar de, la constante repetición de eventos históricos. La repetición es otra forma de silenciar<sup>43</sup>.

*La frontera de la dominicanidad* asume el enorme reto de leer en *contradicción* al analizar los silencios creados por las repeticiones y las interferencias de la voz pasiva que habitan el Archivo de la Dominicanidad. Para lograrlo, analizo una gran variedad de textos incluyendo documentos probatorios nunca antes estudiados y encontrados en archivos históricos en Santo Domingo, Puerto Príncipe y Washington, DC, así como textos literarios menos conocidos, salves, fotografías, performances, entrevistas orales y filmes. La lectura de manera cronológica, formal y en diferentes lenguas de estos materiales *contradice* el Archivo de la Dominicanidad y, al mismo tiempo, produce un nuevo archivo de *contradicciones* que espero invite a más estudios.

### **Archivando contradicciones**

La mayor parte de la producción académica sobre República Dominicana se concentra en el estudio de la dictadura de Trujillo (1930-1961), los efectos del turismo sexual a partir de los años 90 y el estado actual de la migración dominicana hacia Estados Unidos. Aunque muchos académicos se preocupan por cuestiones de identidad y representación racial, estas preocupaciones casi siempre se examinan a través de un lente contemporáneo. Sin embargo, sostengo que para entender la dominicanidad de hoy día y las fronteras que la han producido, debemos fijarnos en las narraciones históricas y en la retórica de principios del siglo XIX que han sostenido el racismo en República

---

<sup>39</sup> En 2013 se inició una celebración colectiva extraoficial organizada y liderada por Edward Paulino, un historiador dominico-americano: la Frontera de Luces, un evento en el cual artistas y activistas comunitarios montan un recordatorio de la masacre en Dajabón y Ouanaminthe.

<sup>40</sup> Trouillot, *Silencing the Past*, 26.

<sup>41</sup> Trouillot, *Silencing the Past*, 34.

<sup>42</sup> Taylor, *The Archive and The Repertoire*.

<sup>43</sup> Guidotti-Hernández, *Unspeakable Violence*, 12.

Dominicana. Esta base histórica nos llevaría, por ejemplo, a entender que la xenofobia extrema del presente, mejor conocida como anti-haitianismo, que llevó al gobierno dominicano a desnacionalizar a más de doscientos mil ciudadanos en octubre de 2013 es el resultado de una herencia colonial, que a su vez fue sostenida por Estados Unidos para preservar sus propias aventuras imperiales, más que del legado reciente de la dictadura trujillista.

La primera parte, titulada “Fundando el Archivo”, examina el considerable papel que Haití ha jugado en el proceso de narrar e imaginar la dominicanidad a lo largo de líneas raciales, políticas y culturales desde los años críticos del nacimiento de República Dominicana hasta la primera mitad del siglo XX. El capítulo 1, “Las vírgenes de Galindo: violencia y repetición en el Archivo de la Dominicanidad”, muestra cómo el cuerpo racializado y sexualizado del sujeto dominicano — ejemplificado en el caso de los asesinatos de las hermanas Andújar en 1822— es violado, sacrificado y convertido en objeto para beneficio del estado-nación. El capítulo delinea la transformación, a manos de *letrados criollos* al servicio del estado, del crimen contra la familia Andújar en la violación y asesinato simbólicos de Las vírgenes de Galindo. En el capítulo se analizan las transcripciones de los expedientes judiciales instrumentados contra los asesinatos de la familia Andújar en contradicción con las múltiples repeticiones literarias del crimen que comienzan con el poema épico *Las vírgenes de Galindo* (1860) de Félix María del Monte. En su esfuerzo por preservar su propio privilegio colonial y blanco, del Monte y sus sucesores produjeron el suceso de Galindo como un crimen perpetrado por bárbaros negros haitianos contra civilizados blancos dominicanos. Sostengo que la producción y repetición de *Las vírgenes de Galindo*, es fundamental para la retórica dominicana y anti-haitiana.

El capítulo 2, “Bandidos y cueros<sup>44</sup>: La ocupación estadounidense (1916-1924) y la criminalización de la negritud dominicana”, presenta los rituales afro-religiosos de posesión (*montarse*) y las historias contadas a través de *salves* (cantos sagrados) como importantes *contradicciones* de los archivos dominantes y excluyentes que enfatizan mi análisis del asesinato del líder afro-religioso Olivorio Mateo en 1922 a manos de marines estadounidenses durante la intervención militar de 1916-24. Mi análisis histórico resalta la manera en la que la intervención militar en República Dominicana configuró la frontera dominico-haitiana y contribuyó aun más a borrar y marginalizar a los negros dominicanos. A través de la lectura cuidadosa de records militares relacionados con la persecución de Olivorio Mateo, *salves* olivoristas tradicionales, entrevistas orales, cartas y la novela *El canto del agua* de la escritora dominico-americana Nelly Rosario, analizo cómo la lógica de la ocupación contribuyó a imaginar el cuerpo dominicano como un lugar que necesitaba ser controlado y civilizado. El capítulo también recupera y preserva, a través de la lectura y análisis de cartas, textos literarios y entrevistas orales, las múltiples maneras en las cuales los sujetos racializados *contradijeron* la violencia epistémica impuesta sobre ellos por los estados dominicano y estadounidense. La diversidad de evidencia que se presenta en este capítulo crea un recuento apropiado de la intervención militar estadounidense que muestra no solamente cómo los marines implementaron las políticas estadounidenses en República Dominicana, sino también cómo estas políticas afectaron la vida cotidiana de los ciudadanos dominicanos de la época.

El capítulo 3, “Hablando en silencios: interrupciones literarias y la masacre de 1937”, analiza el modo en que se recuerda en cuatro textos de ficción la matanza de haitianos étnicos y rayanos: el cuento “Luis Pie”, publicado en La Habana en 1942 por el escritor exilado dominicano Juan Bosch; la novela haitiana *Compadre General Sol*, de Jacques Stéphen Alexis (Puerto

---

<sup>44</sup> He considerado “cuero” por ser una palabra netamente dominicana y que entiendo se ajusta perfectamente, por su uso también peyorativo, a ser la traducción de “wench” que es el término usado en inglés (N. del T.).

Príncipe, 1955); el testimonio *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo (Santo Domingo, 1973) y la celebrada novela *Cosecha de huesos*, de la escritora haitiano-americana Edwidge Danticat (Nueva York, 1998). Mi análisis vincula la masacre de 1937 a las dicciones anti-haitianas de los primeros tiempos de la república analizadas en el capítulo 1, y muestra cómo se convirtieron en ley y cómo la violencia epistémica se transformó en violencia física. Sin disminuir la importancia de la horrible naturaleza de estos eventos, mi análisis de la masacre va más allá del trauma de 1937 para provocar una conversación entre textos haitianos, dominicanos y estadounidenses a fin de analizar la importancia retórica de la masacre en la construcción de las ideologías raciales de la segunda mitad del siglo XX dominicano. Además, el capítulo insiste en la persistencia de un nacionalismo xenófobo en la República Dominicana contemporánea.

La parte 2 del libro, “La diáspora *contradice*”, retrata el impacto de las intervenciones transnacionales en las nociones hegemónicas de la dominicanidad. Esta sección muestra cómo las *contradicciones* han tomado varias formas a lo largo de los siglos XX y XXI al emerger, especialmente en la diáspora, nuevas formas de narrar la dominicanidad. Las novelas históricas dominan gran parte de la producción literaria domínico-americana tal y como se evidencia en los trabajos de Julia Álvarez, Junot Díaz y Nelly Rosario. Por un lado, las *contradicciones* diaspóricas insertan la experiencia dominicana dentro de la historia estadounidense, poniendo el énfasis en la larga y desigual relación entre ambas naciones que ha dado como resultado la masiva migración del diez por ciento de la población dominicana hacia Estados Unidos durante los últimos cincuenta años. Por el otro lado, estos textos contextualizan históricamente la experiencia dominicana desde la perspectiva de personas que han sido silenciadas en el archivo de la nación: mujeres, migrantes, campesinos, negros, LGBTQ y les discapacitados.

El capítulo 4, “Conciencia rayana: replanteando la frontera domínico-haitiana después del terremoto de 2010”, fue inspirado por una fotografía que vi una semana después del terremoto en Haití en 2010 de una mujer rayana, Sonia Marmolejos, amamantando a varios bebés haitianos que habían sido heridos en el sismo. La imagen provee un marco analítico para entender las fronteras de la dominicanidad en un contexto global. La traducción inglesa de la palabra *rayano* (“borderer”) nos lleva a pensar el *border* (frontera) domínico-haitiano dentro del marco de los *border studies*, poniendo así el foco, de manera inevitable, en la crítica a la continua persistencia de la dominación colonial estadounidense sobre territorios extranjeros, dominación que da forma a los cuerpos, cultura e identidades nacionales. Mi conceptualización de la conciencia rayana crea un intercambio transnacional y transtemporal que espero produzca nuevas maneras de teorizar los estudios latinos, incite nuevos diálogos que nos ayuden a repensar la interacción de poder y política con las fronteras simbólicas y geográficas que dan forma a nuestra comprensión de la raza, la nación y la cultura. La conciencia rayana, tal y como la entiendo, trasciende los límites conceptuales y políticos de la frontera domínico-haitiana para abarcar la multiplicidad de fronteras —transnacionales, interétnicas y multilingüísticas— que caracterizan la experiencia dominicana dentro y fuera de la isla. La conciencia rayana se refiere por tanto al conocimiento histórico y contemporáneo de las fronteras dominicanas —simbólicas, políticas y geográficas—, un proceso que incluye las subjetividades marginalizadas en la narración e imaginación de la dominicanidad. Siguiendo la estructura de los capítulos anteriores, el capítulo 4, si bien se enfoca en el presente, pone en diálogo una variedad lingüística, temporal y formalmente diversa de textos: *Cantos de la frontera*, colección de poemas (publicada en 1963) del escritor nacionalista dominicano Manuel Rueda; una serie de videos y performances (2005-10) de David “Karmadavis” Pérez; y “Da pa lo do”, un video y canción de la escritora dominicana y artista del performance Rita Indiana Hernández (2011). La diversidad de los textos estudiados mueve mi análisis hacia el giro decolonial, para tomar prestado

el término del crítico caribeño Nelson Maldonado-Torres, que nos ayuda a entender mejor la dominicanidad dentro de este contexto al tiempo que propone la posibilidad de un diálogo esperanzador de solidaridad que pueda contribuir a desmontar el discurso xenófobo y anti-haitiano en la isla y más allá.

El capítulo 5, “Escribiendo desde El Nié: exilio y poética de la dominicanidad *ausente*”, propone que la conciencia rayana conforma la creación de una poética alternativa de la dominicanidad en la diáspora. Sostengo que esta poética de la dominicanidad ausente, anclada históricamente en los ciento cincuenta años de relación desigual entre Estados Unidos y República Dominicana, y particularmente en el trauma de la intervención estadounidense de 1965, rompe con el tropo nostálgico de las narraciones de migración a fin de proponer una crítica de la relación entre poder, producción de la historia y la construcción de las identidades y ciudadanía transnacionales. El capítulo ofrece una lectura cuidadosa de los trabajos de la artista y escritora dominico-americana Josefina Báez en diálogo con las narrativas del exilio dominicanas ejemplificadas en las obras de Juan Bosch y Pedro Vergés. De esta manera, el capítulo ofrece la oportunidad de explorar los modos en los cuales ha surgido una poética de la dominicanidad ausente como un proceso dialéctico de interpelación transnacional de la narrativa oficial de la dominicanidad solidificada durante la dictadura de Trujillo. Este capítulo final demuestra que la marginalidad se convierte en una experiencia transnacional para los dominico-americanos que son al mismo tiempo sujetos marginales negros, pobres que han sido históricamente oprimidos y exiliados de su estado-nación<sup>45</sup>.

Las fronteras de la dominicanidad son muchas. Abarcan las experiencias transnacionales y diaspóricas de los dominicanos en Estados Unidos y otras partes del mundo; la existencia de una comunidad de dominico-haitianos en la región fronteriza; y la creciente presencia de inmigrantes haitianos que habitan en las ciudades dominicanas. *Las fronteras de la dominicanidad* une la multiplicidad de los márgenes de la dominicanidad al tiempo que llama la atención a la intangibilidad y el carácter esquivo de las divisiones que surgen en los niveles individuales y colectivos de la población. Mi libro propone reimaginar no solo las fronteras físicas y militarizadas que separan las dos naciones que habitan La Española, sino también la vaga serie de articulaciones, discursos, traumas, mitos, contradicciones y eventos históricos que han conformado la manera en la que el sujeto dominicano se entiende a sí mismo en relación a Haití y a Estados Unidos. Las fronteras se ocupan de la regulación, control y prohibición del libre flujo de cuerpos y objetos de un lugar o otro. También se ocupan de mantener a los elementos indeseables fuera del centro de la nación. Por tanto, el cuerpo del (indeseable) que cruza la frontera es inscrito con los eventos históricos, sociales y legales que buscan controlarlo y contenerlo. Estas inscripciones pueden, a su vez, convertirse en otra manera de entender “la verdad”. El cuerpo del sujeto fronterizo —el prieto, la rayana, el inmigrante haitiano o el dominicanyork— también puede convertirse en un archivo de *contradicción*.

---

<sup>45</sup> La migración dominicana hacia Estados Unidos ha sido causada por la crisis económica. Véase Torres-Saillant, *El retorno de las yolas*; Hoffnung-Garskoff, *A Tale of Two Cities*; y Duany, *Quisqueya on the Hudson*.